

El rosario de mi madre

De la pobreza de tu herencia triste,
sólo he querido, ¡oh madre!, tu rosario;
sus cuentas me parecen el calvario
que en tu vida de penas recorriste.

Donde los dedos, al rezar, pusiste
como quien reza a Dios ante el sagrario,
en mis horas de errante solitario
voy poniendo los besos que me diste.

Los cristales prismáticos y oscuros,
collar de cuentas y de besos puros,
me ponen, al dormir, círculo bello.

Y de mi humilde lecho entre el abrigo
¡me parece que tú rezas conmigo
con tus brazos prendidos a mi cuello!

SALVADOR RUEDA

LA MERETRIZ

(En la salita la MUJER, sentada cómodamente en un sillón cabecea, adormecida. El timbre de la puerta la sobresalta. Pausa breve. Ella se arregla el vestido y sale a abrir. Al poco vuelve con el HOMBRE.)

MUJER.—Y tardabas demasiado. Iba quedándome dormida.

HOMBRE.—No me fue posible llegar antes. Ya sabes lo de mi trabajo.

MUJER.—(Despectiva). Tu trabajo. No parece sino que fuese más importante que yo.

HOMBRE.—No digas eso.

MUJER.—Me aburro sola, esperando tu regreso. Las horas transcurren lentamente. Pero claro, tú no lo sabes.

HOMBRE.—¿Crees que no lo sé?

MUJER.—¡Ah! ¿Lo sabes?

HOMBRE.—No lo ignoro. Sé lo que es esperar.

MUJER.—Pues si lo supieras procurarías llegar más pronto.

HOMBRE.—Ya sabes que el trabajo.

MUJER.—Es muy cómoda tu postura. Los hombres habéis creado un mundo de disculpas que os inmuniza de nuestros ataques.

HOMBRE.—No es disculpa, mujer. Bien lo sabes. Si no fuera por la responsabilidad...

MUJER.—Me aburro. La tarde se hace interminable.

HOMBRE.—Deberías procurarte distracción. Podrías salir de compras...

MUJER.—Si fuese de compras el presupuesto se vería agravado y tú, para compensarlo, te verías obligado a trabajar más todavía...

HOMBRE.—(Va a besarla, pero ella se defiende). ¡Vamos, mujer! ¿Qué ocurre?

MUJER.—¡Déjame! Perdóname, pero no estoy de humor. Deberías comprenderlo...

HOMBRE.—No me es posible. Compréndelo: mi vida transcurre encerrado en una oficina atendiendo gentes que poco o nada me importan y llegar al hogar representa el premio a mi labor.

Mi sueño es encontrar un rostro amable que sonría y compense la aridez de las horas activas. Y esta sonrisa es la tuya. Entiéndelo bien: no existe para mi mayor felicidad que tu sonrisa...

MUJER.—Perdona. Yo sólo puedo decirte que me aburro. (Ligera pausa. El coge sus manos y las besa).

HOMBRE.—Te prometo que muy pronto podré compensarte. Tengo en proyecto la reorganización de mi dependencia que me permitirá regresar más pronto a casa y pasar contigo horas inolvidables.

MUJER.—(Burlonamente). Di, ¿Puede saberse cuándo será esto?

HOMBRE.—(Sentándose en el sillón y logrando que ella tome asiento en el respaldo). Pues sí. Es un proyecto todavía pero espero que muy pronto será una realidad. Entonces podremos vivir un poco, airearnos, salir juntos, ir al cine... aburrirnos juntos un poco...

MUJER.—Yo deseo tu compañía. Sólo esto me importa.

HOMBRE.—(Mimoso). La tendrás. Anda, dame un beso.

MUJER.—No.

HOMBRE.—(Sigue mimoso). ¿No? ¿De verdad, no?

MUJER.—(Seria). De verdad.

HOMBRE.—Bien. ¿Fueron estas tus promesas? Recuerda que antes de casarnos repetías que jamás ¡jamás! ibas a ser esquiua: que comprenderías siempre mis compromisos, mi trabajo...

MUJER.—Cuando una es novia promete muchas cosas. Cuando una es novia ve las cosas de muy distinta forma...

HOMBRE.—¡Cómo! ¿Eso confiesas? De verdad que eres incomprensible. Cualquier mujer se sentiría orgullosa de tener un marido diligente, que se preocupa de ofrecer a su mujer todas las comodidades y caprichos gracias a su esfuerzo... (Ella niega con la cabeza). ¿No?

MUJER.—No.

HOMBRE.—¿De veras, no?

MUJER.—(Irónica). No, mi amor. No.

HOMBRE.—(Levantándose, seriamente enfadado). ¿De verdad no? ¿Me reprochas que mi trabajo me impida...?

MUJER.—Sólo puedo decirte que me tienes abandonada y cualquier mujer se sentiría como yo, enfadada con un marido que dedica más horas a su trabajo que a procurarle compañía a su mujer.

HOMBRE.—(Pálido). Bien. Supongo que un día u otro los hombres como yo han de escuchar palabras semejantes de su mujer.

MUJER.—Supongo que sí.

HOMBRE.—Y que los hombres como yo sólo podemos encontrar compensación en nuestro trabajo.

MUJER.—Sí, cuando el trabajo lo es todo para ellos.

HOMBRE.—(Irónico). ¿Puedes suprimir la comida?

MUJER.—(Irónica, asimismo). «Contigo pan y cebolla».

HOMBRE.—¿Puedes suprimir los vestidos?

MUJER.—Eva usó una simple hoja para ser feliz.

HOMBRE.—¿Puedes suprimir lo superfluo, que tanto dinero cuesta?

MUJER.—Si es superfluo, puedo suprimirlo...

HOMBRE.—(Serio). Definamos: ¿qué deseas de mí?

MUJER.—Nada.

HOMBRE.—Algo querrás.

MUJER.—Nada.

HOMBRE.—Pero yo creo merecer una explicación.

MUJER.—¡Ah! ¿Tú lo crees?

HOMBRE.—Sí.

MUJER.—Pues bien, óyela: Ninguna mujer puede querer a un marido fantasma. ¿Dije fantasma? Menos aún: ¡Los fantasmas todavía son visibles a través de sus sábanas blancas! ¡Tú eres un marido inexistente, menos que una sombra olvidada! ¡Si es ridículo hasta pretender una disculpa! Nada puede perdonar el alejamiento que día a día prueba tu...

HOMBRE.—... ¿Qué prueba?

MUJER.—No me obligues a decirlo.

HOMBRE.—Quiero saberlo.

MUJER.—Tu desamor. No gustas de mí.

HOMBRE.—¿Qué dices?

MUJER.—No soy la novia que esperabas como un chiquillo, años atrás, y por la que hubieses hecho cualquier sacrificio.

HOMBRE.—¡Local! ¡No digas eso! Es diferente. Te quiero como siempre Pero es diferente. Pesan sobre mi responsabilidades que antes no tenía. (Repentinamente la Mujer estalla en un incontenible sollozo. El Hombre la toma entre sus brazos). (Muy cariñoso). Ven. Criatura. Criatura mía. ¡No sabes cuanto me disgustan tus quejas. Venía hoy tan contento, tan feliz! (Busca en sus bolsillos y extrae un paquetito). Para ti. Para ti.

MUJER.—(En un arranque sincero). ¡No! ¡No, ahora! ¡No esta compra de mi cariño!

HOMBRE.—(Separándose bruscamente de ella). Entonces...

MUJER.—(Abrazándose a él, apasionadamente). No como una meretriz que se compra y se vende. No, como una cualquiera. Compréndelo tú. Compréndelo.